

## Una historia pueblerina

Patricia Díaz Cayeros

Jorge F. Hernández, *La soledad del silencio. Microhistoria del santuario de Atotonilco*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

*La soledad del silencio*, como trabajo microhistórico y tomando algunas palabras de Luis González y González, tiene su origen o fuente de inspiración en “lo que vemos de una sola mirada, lo que no se extiende más allá de nuestro horizonte sensible [...] una pequeña región nativa que se contrapone a la patria donadora de poder y honra”. En este caso la región es Guanajuato y más concretamente el santuario de Atotonilco. Lejos de analizar dicho recinto en función de su importancia dentro de la historia oficial mexicana, Jorge Hernández se encarga de ofrecer una visión más integral y de ese modo cercana a la realidad actual de este lugar y de aquella vivida a lo largo de toda su historia.

*La soledad del silencio* traslada al lector a un sitio en donde el pasado se escucha con gran claridad y en donde la toma del estandarte de la virgen de Guadalupe por Miguel Hidalgo o el matrimonio del general Ignacio Allende constituyen tan sólo algunos de los tantos acontecimientos que han marcado al lugar, pero no los únicos ni los más importantes.

Los ejercicios ignacianos practicados en la actualidad son, por ejemplo, una de las actividades fundamentales que el santuario ha tenido a lo largo de su vida y que no pueden omitirse si se pretende dar una visión real, actual o retrospectiva del lugar. Dichos ejercicios, relata Jorge Hernández, fueron elabora-

dos por san Ignacio con el fin de establecer un método que ayudara a los hombres “a ordenar su vida” y así recuperar la “fuerza perdida en la batalla con la reforma protestante”. Las misiones jesuitas introdujeron dichos ejercicios en México y se empezaron a practicar en 1665. Fue en 1765 cuando el fundador del santuario de Atotonilco, Luis Felipe Neri de Alfaro (1709-1776) organizó lo necesario para recibir a la primera “tanda de ejercitantes”; sin embargo, hoy en día los ejercicios se practican con tanta intensidad y número de personas como en ningún otro lugar del mundo.

Con el fin de rescatar la memoria del lugar y de darle un sentido en el presente, Jorge Hernández menciona tres aspectos que han interactuado activamente desde la fundación del santuario (incluso desde antes) y conformado, con el paso del tiempo, al Atotonilco actual. Éstos son los habitantes, la geografía y la historia de la región. A estos aspectos el autor los llama “espacios exteriores” de su microhistoria y funcionan como introducción, conclusión e hilos conductores en la obra. Así pues, mediante estudios biográficos, geográficos e históricos Jorge Hernández rescata mucho del pasado de la localidad “haciéndola consciente de sus tradiciones” y permite también que dicha comunidad “continúe su camino [...] cumpliendo con la afirmación de que la microhistoria puede convertirse en el saber disruptivo que libere a los lugareños del peso de su pasado...”

Del mismo modo observa que existen:

espacios internos del santuario

[que] ofrecen una dualidad que encierra los tres espacios exteriores que dieron entrada a la microhistoria. Por un lado los ecos del barroco que brotan de los murales y esculturas del templo y capillas y, por el otro, los lamentos de los arrepentidos que buscan consuelo en la Casa de Ejercicios.

Es precisamente a partir de estos “espacios internos” y “externos” que Jorge Hernández estructura toda su obra, involucrando al lector no solamente con problemáticas históricas sino también con aspectos sociales, políticos, económicos y artísticos. Es así como muestra que el pasado no se borra por completo sino que forma parte de un “todo”, que se transforma a diferentes ritmos pero constantemente. Muestra que el pasado y el presente tienen diferentes facetas y que todas ellas deben ser tomadas en cuenta para lograr hacer microhistoria.

Jorge Hernández no se limita a las fuentes bibliográficas que existen en relación con el santuario, ni a ningún otro tipo de documentos, sino que experimenta en carne propia la vida cotidiana del lugar trasladándose al mismo en enero de 1986. Así pues, en su obra, expone tanto la información de las fuentes obtenidas en la región como su propia experiencia al recorrer los pasillos, capillas y el templo, y al participar de “entrada por salida” en los ejercicios espirituales. Al relatar sus propias experiencias y dar un lugar especial a sus informales locales, Jorge Hernández permite además que el lector se involucre con el proceso de investigación.

En *La soledad del silencio* el lector es frecuentemente trasladado del pasado al presente y viceversa. Se le exponen también acontecimientos o situaciones muy particulares, pero siempre relacionadas con tendencias más generales. De este modo, Jorge Hernández juega con los aspectos generales y particulares del asunto y evita que su obra cometa el error que Luis González encuentra en muchas historias locales y que expresa de la siguiente manera:

La especie microhistórica es muchas veces todista, porque el espíritu anticuario rara vez distingue entre lo importante y lo insignificante, entre lo que influye, trasciende o personifica y lo que es mera banalidad [...] son raras

las historias locales sin polvo y paja.

Resta por decir que el valor de *La soledad del silencio* no estriba tan sólo en la información que brinda, sino también en todo el campo que abre a futuros investigadores. No sólo para aquellos interesados en el mismo Atotonilco, para el cual todavía quedan por hacerse múltiples biografías o estudios más profundos sobre su arte o sociedad, sino también para cualquier microhistoriador. Jorge Hernández muestra con su obra los grandes alcances que puede tener la historia regional como revalorizadora de regiones, por ejemplo, o como medio para terminar con las visiones parciales que la situación centralista de México ha creado a lo largo de la histo-

ria. Si bien es cierto que la relación entre el conjunto y las partes es recíproca, a veces la historia local cae en el olvido. Luis González y González apunta en *Todo es historia*:

Algunos profesionales de las ciencias del hombre creen que si llegamos a conocer la vida cotidiana de algunos átomos o células de la sociedad podremos conseguir una imagen redonda de la grey humana en su conjunto. Creen que lo pequeño es cifra de lo grande.

Lo cual ya muestra una conciencia de los “usos y virtudes de la historia pueblerina”, de la cual Jorge Hernández indudablemente forma parte.





